

CONTOS DE SUSCRICION.

REDACCION, CALLE DE LA LIBERTAD, NUM. 18, BAJO.

Librería de Gaceta, calle de Carretas de Lopez, calle del Carmen, Ballejo-Ballero, plaza del Principe Alfonso, núm. 10.

PROVINCIA.

Cádiz, Librería de D. Manuel Morillas—Coruña, D. José Lago. —Barcelona, D. J. Llorens—Madrid, D. Francisco Moya—Sevilla, Hijos de P. B. San Sebastián, Antonio Ramón Baroja.

ULTRAMAR.

San Juan, Propaganda Literaria, calle de O'Reilly, núm. 54.

EXTRANJERO.

Paris, Agencia Franco-Española-Portuguesa de D. C. A. Sastre, única encargada de recibir los anuncios extranjeros. Para suscripciones, Librería española y casa de Comisión, E. Deshayes, rue Montmartre, 15. Londres, Chisley Courtier, 96, Berners Street, Oxford Street.

PRECIOS DE SUSCRICION.

ADMINISTRACION, CALLE DE LA LIBERTAD, NUM. 18, BAJO.

Madrid.—Un mes, 5 pesetas; 3 meses, 12; 6 meses, 20; un año, 36. Provincias.—Un mes, 5 pesetas; 3 meses, 12,50; 6 meses, 20,50; un año, 37. Ultramar.—Un mes, 5 pesetas; 3 meses, 12,50; 6 meses, 20,50; un año, 37. Extranjero.—Un mes, 10 pesetas; 3 meses, 30; 6 meses, 50; un año, 100.

EXTRANJERO.

Barcelona y Marruecos.—Un mes, 5 pesetas; 3 meses, 12,50; 6 meses, 20,50; un año, 37. Portugal.—Un mes, 5 pesetas; 3 meses, 12,50; 6 meses, 20,50; un año, 37. Europa, Turquía, Rusia, Estados Unidos, China, Tíbet, y Berbería.—Un mes, 10 pesetas; 3 meses, 30; 6 meses, 50; un año, 100.

Los demás países comprendidos en la Unión de Correos, un mes, 9 francos; tres meses, 26; seis meses, 50; un año, 100. Los puntos no comprendidos en la Unión de Correos, un mes, 10 francos; tres meses, 30; seis meses, 50; un año, 100. Grando esta Administración ó haciendo la suscripción por comisionados, hay algún aumento en los precios indicados. Los anuncios y comunicaciones, á precios convencionales.

LA ÉPOCA.

A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL.

Reciba la augusta madre de S. M. el Rey, la magnánima Reina doña Isabel II, la reverente, leal y entusiasta felicitación que la redacción de *La Época* tiene la honra de dirigirla en el aniversario de su nacimiento, y dignese de aceptar la expresión de sus fervientes votos por su felicidad y por las venturas de sus excelso hijos. Después de los pasados delirios, hoy motivo de grandes remordimientos, la Reina doña Isabel II, genuina encarnación del carácter nacional, es objeto de las más vivas simpatías, de un filial respeto y entrañable cariño por parte del pueblo español, que tan noblemente la vindica de los agravios que injustamente se la infirieron. La conducta de muchos en estos días, conducta que sinceramente elogiamos, es la más severa condenación de lo que en otros hicieron; y la augusta señora no tiene que esperar al fallo de la historia para quedar vindicada de todas las ofensas que ha recibido.

EL ENEMIGO OCULTO.

Se consultan los ministeriales de la crisis latente en el seno del Gabinete, de los progresos que verifica la izquierda dinástica y de la probabilidad, nada grata para ellos, de tener que reunir las Cortes en Noviembre, afirmando que todo cuanto pasa es obra de los conservadores; una intriga florentina tramada en Biarritz y dirigida por el Sr. Cánovas del Castillo, que ha encontrado en un archivo documentos inéditos acerca de la política de los Médicis y de los escritos de Maquiavelo.

Es verdad que *El Correo*, emulando las glorias del personaje á quien dió celebridad el padre Isla, nos denomina á los conservadores «revolucionarios de invierno», mientras que el señor ministro de la Guerra nos enseña á caer del lado de la izquierda, como ahora se dice, y á mirar de frente los riesgos del porvenir, nombrando para dos altos cargos militares á dos revolucionarios de verano, como los generales Baldich y Búrigo, lugar-teniente el primero, del Sr. Balaguer, en Cataluña hasta hace dos semanas; pero nada de esto impide que los ministeriales sigan acusando al partido conservador y á su ilustre jefe, de valerse de intrigas para combatir á la asendereada fusión, ya próxima á su última hora.

Cualquiera que recuerde el papel que la *mano oculta* representó en las desventuras del antiguo partido progresista desde 1840 á 1844, comprenderá que, ahora como entonces, el partido que triunfó en Febrero, y que no supo aprovechar su victoria, busca en todas partes menos en su propia conducta y en sus errores, las causas del mal-estar que le aqueja.

Hay en tales acusaciones, aunque totalmente desprovistas de fundamento, dos cosas que no merecen pasar inadvertidas. Una es, el influjo poderoso en los sucesos políticos que reconocen en los conservadores, tan después de caídos, aun después de una coalición de año y medio formada por los fusionistas con determinados elementos democráticos, para la persecución y la eliminación de la esfera política en su caso, de los primeros. Otra cosa que merece notarse, es que, sin duda, los remordimientos que sienta la situación por su conducta respecto del partido conservador, le inducen á suponer en él un propósito de lograr la revancha que él existe ni ha existido. La situación comprende hoy que hizo mal en tomar á los conservadores sus procedimientos, mientras que pactaba con elementos democráticos su eliminación del campo de la Administración y de la vida política; y de ahí sus temores de que se proceda con ella como ella procedió con los demás.

Causa pena descender á discutir tales pequeñas; pero hay necesidad de hacerlo. El movimiento de concentración de las fuerzas liberales á que asistimos, tiene precedentes de larga fecha. Comenzó con una importante división en el seno de la situación. Fuimos los conservadores quienes la iniciamos.

La jefatura del Sr. Sagasta en el partido constitucional había sido adquirida, y era desempeñada, como acaba de sentar el Sr. Márton en su conferencia de ayer con el duque de la Torre, re-

ferida por *El Progreso* á título precario, y ha sido reivindicada en forma y en ocasión oportuna cuando el partido se hallaba amagado de disolución. Fuimos los conservadores quienes autorizamos la floción legal que ahora se desvanecerá; asistimos, ni siquiera como testigos, al acto de otorgamiento del *habeas corpus* que ahora espanta; á lo menos ni retiramos nosotros jefaturas de ajenos partidos?

Consulten los ministeriales en *El Progreso* la concisa historia de la fusión, de la disidencia y del origen de la izquierda dinástica, hecha por persona tan autorizada y tan benévola hasta el presente para con el Sr. Sagasta y los suyos, como el señor Márton, y hallarán que, según este sagaz político, la formación de la izquierda no solamente no tiene el ruin y pequeño carácter de una intriga, que aquellos le atribuyeron, sino que reviste el de deslinde y definición de los partidos. Verán que hoy «la fusión resulta enclenque para acometer reformas, y débil para defenderse en el terreno conservador.» Que su vida «es ficticia y se sostiene por mero artificio.» Pero dejemos aquí la palabra al mismo Sr. Márton, porque el programa que traza en la situación creada por el adelantamiento de la izquierda dinástica al Sr. Sagasta, parecería interesado si como propio lo ofreciéramos, y merecer ser conocido de otro modo que por extracto ó referencia.

Dice, pues, así *El Progreso*, de donde lo copiamos:

«A Sagasta, especialmente, le oye uno gran ruido que cumplir, el de evitar que el partido constitucional se divida, negándose á tomar frente al duque de la Torre una actitud que parecida á la que adoptó hace muchos años, frente á D. Manuel Ruiz Zorrilla.

La actual mayoría es esencialmente liberal, en sentido del Sr. Márton: si no va más allá en sus deseos, es porque consideraciones personales, y la misma disciplina del partido, se lo impiden.

Claro está que dentro de ella hay pequeños muestre reaccionario desajado del árbol conservador.

Pero en el gran deslinde los partidos españoles, esas dos tendencias que en la actual mayoría aparecen, deben buscar su medio: los que están dentro de la libertad es lo mejor para gobernar los pueblos, deben francamente al campo liberal, agrupándose bajo la bandera de la Constitución del 69; y los que adopten para el Gobierno los matices doctrinarios, deben con igual franqueza ingresar en el partido de que es jefe el Sr. Cánovas.

De esta manera se formarían dos grandes partidos: el uno conservador, el otro liberal y reformista, sin que exista en medio un grupo que, participando de las cualidades de ambos, venga á ser una rábora para el feliz desenvolvimiento y arraigo de las ideas prácticas y elevadas.

Aconseja, pues, el Sr. Sagasta, dice el Sr. Márton, á sus amigos y correligionarios, que se decidan por una de las dos banderas posibles dentro de la monarquía de D. Alfonso, no por puro capricho ni por aficiones ni respetos personales, antes bien por las exigencias de su entendimiento.

Y como al cabo esa separación de las fuerzas de la mayoría ha de ser un hecho, porque los acontecimientos se imponen y modifican la voluntad de los hombres, el Sr. Sagasta nada arriesga en mostrarse patriótico y digno.

Al fin y al cabo el jefe del partido liberal ha sido siempre el general Serrano, y el actual presidente del Consejo de Ministros, mero lugar-teniente, no pudo obtener el Gobierno sino á título de la coacción que de su primogenitura hiciera el duque de la Torre.

Poseedor tan solo por precario, debe entregar el poder en el instante en que el verdadero dueño lo solicita; con tanta más razón, cuanto que se trata de reunir la misma gente que ya en otra ocasión peleó juntos; acaso hay alguno que no recuerde con tristeza la separación?

El Sr. Márton manifestó al duque de la Torre que en su sentir, D. Práxedes Sagasta no podía retardar un solo momento la apertura de las Cortes, por que no podía dejarse sobre el tapete cuestiones tan vitales como las que en estos días agitan la política de nuestra patria.

El diputado por Valencia cree que la izquierda dinástica no debe dar programa alguno, antes al contrario, aconseja al duque de la Torre que el mismo fuera el que hiciera la declaración en el Senado, de declaración ya convenida, y cuya fórmula hemos publicado.

Esto es, programa claro y definido que contendrá el restablecimiento de la Constitución de 1869 por un procedimiento constitucional.

El Sr. Márton entiende que todos los demócratas que no hagan de la forma de gobierno un dogma, deben apoyarse en la medida de sus fuerzas la formación de la izquierda dinástica.

Ya tienen en qué ocuparse los ministeriales ociosos, que en vez de apreciar seriamente los sucesos políticos, se entretienen con hablar de la intriga de Biarritz y en seguir los pasos «al enemigo oculto.» La ocasión es grave. Está planteado

el importante problema de la organización de los partidos, que con principios distintos, coinciden bajo la monarquía, y de tal modo afecta al porvenir, que sería nimio y vituperable gastar el tiempo en discurrir sobre si el duque de la Torre debió «formar el capullo» á la izquierda ó á la derecha, cual si se tratase de acertar un número á la lotería observando el trabajo de una araña.

Nos tomamos la libertad de aconsejar á los apreciables colegas ministeriales, que examinen y discutan el programa que el Sr. Márton traza en bien del país y del sistema representativo al actual presidente del Consejo. Emplearán el tiempo más útilmente que denunciando la intriga de Biarritz y los manejos de los conservadores.

LA PEREGRINACION ESPAÑOLA EN ROMA.

La peregrinación de Toledo tan contrariada en España por ciertos elementos, sino ha causado el estruendo y los conflictos que otras romerías promovieron, ha tenido en la Ciudad Eterna un éxito incomparable, y los católicos que la han formado y que el 11 del corriente darán la vuelta á España, traerán de ella un recuerdo tan grato como imprecadero, igual al que dejan en Roma y el Vaticano.

Nos dió nuestro corresponsal, con la rapidez que el tiempo consentía, noticia de la solemne recepción de los peregrinos españoles el día aniversario de Lepanto, y hemos publicado después los discursos de Leon XIII y del prelado de Sigüenza.

Anunciamos igualmente que para marcar de una manera significativa el Padre Santo la predilección con que contemplaba estas romerías regionales, en que no entra mira alguna de partido, presididas por sus naturales organizadores, los prelados de la Iglesia, dijo estar seguro de que á ellas seguirían otras de Cataluña, Andalucía, Navarra, Aragón y Valencia, y acordó una segunda audiencia especial á la peregrinación toledana, que tuvo lugar en 2 de Octubre. A las once leuaban la segunda galería de las Logias de Rafael los romeros de las diócesis de Toledo, á los que se habían unido las diputaciones de otros obispados, excepto la de Pamplona, que habiendo marchado para asistir á la gran festividad del centenario de San Francisco, había sido recibida á su regreso en el día de ayer, domingo.

Son estas Logias como una continuación de las estancias que habitaba el Padre Santo, y en ellas recibían á los peregrinos juntamente con los miembros de su comisión, los de la presidencia del Círculo de San Pedro. Una gran cortina de damasco, colocado á intento, separaba únicamente la parte de la galería donde Su Santidad fué recibiendo por grupos á los peregrinos, del resto de aquella donde se hallaban éstos sentados á los dos lados del ala del Vaticano, que va á dar á la sala regia por donde entró el Sumo Pontífice, recorriendo toda la galería é imponiendo sus manos sobre las cabezas de los romeros puestos de rodillas, hasta entrar en el sitio destinado á la recepción. Fueron recibidos primeramente por Leon XIII los tres obispos españoles de Sigüenza, Teruel y Zamora, que iban presidiendo la peregrinación, deteniéndose Su Santidad bastante tiempo con ellos, y reteniendo luego á su lado al obispo de Sigüenza todo el tiempo que duró la recepción. Siguiéron á los prelados los individuos de la comisión que han organizado esta romería; y á éstos los de la Unión Católica, entre los que figuraban los condes de Orgaz y Canga-Arquielles, los marqueses de Pidal, de Aguilar y de la Solana. La diputación de Compostela, que depositó en manos del Papa una generosa y rica ofrenda para el óbolo de San Pedro, tuvo especialísima recepción también, y no quedó un solo peregrino con quien no hablase Su Santidad.

Con todos se mostró afectuosísimo, recordándoles que en su discurso del domingo anterior les había manifestado ya sus calurosos sentimientos de amor hacia España, y había encarecido la importancia y primacía de los intereses católicos sobre todos los demás; dando á cada peregrino una medalla de plata con su efigie y la bendición especial para sus familias. Los romeros, entre los cuales abundaban las dignidades eclesiásticas y sacerdotes, se presentaban con cruces, rosarios y demás objetos piadosos, que el Padre Santo se complacía en bendecir, manifestándose afectuosamente pródigo en conceder á los españoles to-

das las gracias espirituales por ellos impetradas.

A los tres prelados dió estuches de terciopelo, con las armas de Leon XIII, conteniendo las cinco medallas de plata de su Pontificado, con los libros que encierran sus principales Encíclicas. De análogas distinciones fueron objeto los miembros de la Junta de la romería y las representaciones de los cabildos de Toledo y de Sigüenza, Juventud Católica, Teruel y Zamora, peregrinos de Santiago de Galicia y de otras provincias de España que se habían agregado á la romería. Las familias distinguidas que contenían damas, fueron recibidas por el Papa separadamente y objeto también de afectuosas distinciones. A la condesa de Zaldívar, como presidenta de la Junta de señoras, regaló Leon XIII una medalla de oro con su retrato.

Su hija la vizcondesa de Babilonias, la de Fontagud Gargallo, hermana política del duque de Tetuan; la hija del general Heina y la esposa del hijo del marqués de Salamanca, cuya memoria recuerda siempre el Pontífice, que lo conocía cuando la construcción de los ferro-carriles romanos, recibieron preciosos camafos con la imagen de la Concepción. Mostrábase Su Santidad muy complacido de las manifestaciones de fe y filial afecto de que era objeto por parte de los españoles en las dos horas que duró esta audiencia, terminada al retirarse el Papa, con vivas aclamaciones. Encarceló de nuevo su deseo y esperanza de que vengan pronto á Roma nuevas romerías regionales, presididas por sus diócesanos, organizadas bajo la dirección de los obispos, y sobreponiéndose en ella el sentimiento religioso á toda pasión política. No ocultó, sin embargo, el Padre Santo los obstáculos de las distancias y de las malas cosechas, admirándose de que, á pesar de todo, las ofrendas, colectivas y especiales presentadas, excedan ya de un millón, faltando aún la de Navarra. Su Santidad dijo á los prelados y á los peregrinos, estaba seguro de que aprobarían de que de estas ofrendas hubiese destinado la de tres mil duros, aparte la primera que de su bolsillo privado había hecho, á fin de socorrer por mano de los prelados de la alta Italia las inmensas desventuras que las inundaciones han causado en las poblaciones y los campos del Lombardo-Veneto, recordando la caridad con que la Santa Sede, Milan y Venecia, acudieron en auxilio de nuestras provincias de Levante.

«La prensa del Vaticano, añade nuestro corresponsal, publicó antes de serlo esta carta la significativa plática que el Sumo Pontífice dirigió á los peregrinos españoles en Santa María de la Paz, el obispo de Teruel, exhortando la Unión Católica y exhortando á sus promotores á proseguir su obra, sin que los detuviesen amarguras ni obstáculos, puesto que tenían el apoyo del jefe de la Iglesia. Ya dije cuán notable fué también el otro discurso del obispo de Zamora en Santa María la Mayor, encareciendo la necesidad de fortalecer la autoridad del episcopado en España. El cardenal secretario de Estado ha insistido en estas mismas ideas en las muchas conferencias que ha tenido con los principales personajes de la romería, y en la que celebró ayer 2 con el marqués de Pidal.»

El domingo 1.º de Octubre, los romeros fueron á San Lorenzo para orar ante la tumba de Pio IX, sobre la cual depositaron una corona de flores artificiales, homenaje de la diócesis de Toledo al gran Pontífice, y que aquella mañana había bendecido Leon XIII como la rica bandera de la romería toledana, que se conservará en la catedral de Toledo, leyéndose al pie de una cruz bordada en oro, signo que dará la victoria al Pontífice, la fecha de la romería de 1882. Cantáronse allí el *Liberamus Domine* y la salve á la Virgen del Rosario, cuya fiesta celebraba Roma aquel día, dirigiendo el obispo de Zamora otra plática llena de unión á los peregrinos de España.

De la fiesta brillante de los Arcades, nos dice nuestro corresponsal que el cardenal Alimonda supo en su oración enlazar las glorias de España en las ciencias, las letras y las artes, con el catolicismo, que producía estrellas como Teresa de Jesús, instituciones como la del Carmelo y héroes como los de Lepanto.

Allí estaban también los cardenales Nina, Has-sun y Jacobini, el representante de Prusia y el embajador de España, recibido por el arzobispo de Tiro y á los ecos de nuestra marcha real. El prelado de Sigüenza respondió á tantas pruebas de simpatía con palabras conmovedoras de gratitud para el Sacro Colegio y el Círculo de San Pedro; recordó de nuevo la fiesta del Rosario, instituida por San Pio V para conmemorar eternamente á la cristianidad la victoria que le anunció la revelación divina en el momento en que la alcanza-

ban, con D. Juan de Austria, los Dorias y Colonas, peleando bajo los colores de la Iglesia, de España y de Italia; terminando con leer una bellísima oda á Leon XIII, cuya colosal estatua presidia esta reunión del palacio Atempes.

Otra carta publica *La Correspondencia*, en que se dan los siguientes pormenores:

«La biblioteca del Vaticano es muchísimo mayor de lo que se figuraba hasta ahora. Sucesivamente se han agregado á ella otras, regaladas á los Pontífices, ó adquiridas por ellos, para enriquecer más aún su palacio. Solo, por ejemplo, la de la Unión de Correo, á los duques de Urbino, constituyó una riqueza muy considerable. En un solo cajón, está la del cardenal Mai, por la que dió el Papa 28.000 duros.

Entre los libros preciosos que admiramos, puedo citar una Divina Comedia ilustrada siglos atrás por Givio (cada uno de sus cien cantos tiene una viñeta lindísima); una edición de Terencio que ofrece la singularidad de que un pintor supo marcar en cada escena la actitud de cada personaje; un Códice del que Mai, por medio de ácidos, sacó con paciencia heroica, el libro de la república de Cicerón, encima del cual habían escrito «romones de San Agustín»; el célebre griego alejandrino de la Biblia, ilustrado también perfectamente (1); una misa, que regaló á Pio IX el Emperador de Austria, é inmensas «manejas» de gran lujo regalados sucesivamente á Pio IX.

Según cálculo, contiene cincuenta millones de firmas autógrafas, entre las cuales abundan naturalmente las papales.

En las salas donde se conservan, estuvo la capilla de San Pio V. Cubre su ventana un gran retrato de Pio IX, sobre cristales de colores, hecho en Aquilgrán: es la misma, según dicen, á que se asomó aquel Papa en el memorable día de la victoria de Lepanto, desde la cual dijo á los que le rodeaban: «Hemos vencido.»

Dejando aparte los libros, entre los cuales figuran ya muchos adquiridos por Leon XIII, y nada diciendo tampoco de los preciosos papiros, conviene añadir que también admira la biblioteca vaticana por sus pinturas, entre las que sobresalen las de Pinturichio, que mandó hacer nuestro compatriota el pontífice Alejandro VI, por sus muebles, llamando poderosa mente la atención general, algunos candelabros célebres que regaló Carlos X, la pila donde fué bautizado el príncipe Napoleón, víctima de los zúls; un crucifijo con la cruz y el óbolo de malaquita, regalada á Pio IV por el príncipe ruso Demidoff, una pila de pórfido que dió al eminentísimo Antonelli el duque de Northumberland, algunos decretos imperiales grabados en bronce, los retratos más antiguos de San Pedro y San Pablo, que datan del primer siglo, algunos instrumentos con los cuales martirizaron á predecesores nuestros en la fe, objetos de marfil que admirablesmente labraron en las catacumbas, mecas heróicas, un retrato antiquísimo de Carlomagno, puertas de bronce, etc.

Monseñor Ciccolini adelanta mucho en el catálogo general, y custodia diligentemente las indicadas preciosidades. No es probable que se lleve adonde ningún Códice, como se llevaron uno año atrás, que recuperó después y que fué valuado en cuatro mil duros, á pesar de ser pequeño.

Por la tarde fuimos á la basílica mayor de San Juan de Letran, fundada por Constantino, cuya estatua colosal admiramos en el fondo del magnífico pórtico sostenido por 24 columnas. Admiramos también las magníficas estatuas colosales de los Apóstoles y sobre todo la suntuosa capilla Corsini que hizo construir Clemente XII en honor de San Andrés, antepasado suyo. En la cripta se venera una hermosa imagen mariana de la Virgen.

Después se visitó la Escala Santa, que muchos peregrinos subieron de rodillas. Es la de Pilatos, que subió Jesucristo, y se conservan aún en ella las señales de algunas gotas de sangre del adorable Redentor del mundo.

Desde allí fueron muchos á la iglesia de Santa Cruz de Jerusalén, fundada por la Emperatriz Riena en honor del sacrosanto madero por ella encontrado, como nadie ignora. También se admiraron en ella frescos de Pinturichio. Por último, visitaron la iglesia de San Pedro *ad vincula*, donde se guardan las cadenas con que fué atado en Jerusalén el Príncipe de los Apóstoles y la famosa estatua de Moisés, construida por Miguel Angel.

Aun aquí se ha procurado desacreditar la peregrinación antes de que viniera. Como es natural, las maquinaciones á que aludo han producido algún efecto. He oído embustes increíbles que se han propagado desde nuestra patria y que se han caído ahora por su base. En mi sentir los obsequios especiales que se consiguen, y sobre todo la nueva recepción pontificia de mañana, tiene por objeto encalcear más á personas maltratadas ó ofendidas por personas que no desig-

También aquí publicó ayer cierto periódico una caricatura con el objeto de mortificar á los sacerdotes que van en peregrinación. Se les dice que se les debe de ir en italiano: «La inundación española.» Otro periódico consignó el embuste de que, no pu-

(1) Los ejemplares de la Biblia que guarda la Biblioteca, son 5.000 próximamente; ellos los hebreos se acercan á 1.000.

Día 10. FOLLETON DE LA ÉPOCA. Núm. 15.

LA PENSATIVA

(Apuntes para una novela.)

POR

SALVADOR LOPEZ GUIJARRO

Al llegar Julia y yo al límite de una especie de *partido* ó jardín alto desde el cual se alcanza á contemplar el magnífico cuadro de la ciudad y sus postas cercanías, ambos quedamos sumidos por algunos instantes en silenciosa abstracción. Julia salió de ella la primera, diciéndome:

—¿En qué piensas V., Luis?

—Pienso, Julia, —le contesté, —en lo que no me es posible dejar de pensar siempre que observan mis ojos el conjunto de esta población y de su hermosa comarca, tan llena de recuerdos para el hombre pensador. Pienso en el triste fin que tuvo el pueblo árabe-español, aquel pueblo tan inteligente, tan caballeroso, tan altivo, relativamente tan civilizado y civilizado; aquel pueblo que fundó y realizó en nuestro territorio tantas cosas admirables y que hoy se confunde con las tribus bárbaras del Norte de África, en cuyo seno se ha perdido como en un Océano del olvido y de retroceso. Pienso en que aquel pueblo y aquella cultura eran dignas de distinto porvenir. Pienso, en fin, en que no es fácil señalar ni hallar de un modo satisfactorio y conveniente la causa verdadera de la muerte moral y nacional á que aquel pueblo fué condenado.

—Pues algo parecido á eso pensaba yo también, señor filósofo —me contestó Julia sonriendo afectuosamente. —Sólo que, como yo no puedo meterme en esas honduras, lo que yo hacía era compadecer á aque-

llas pobres generaciones que pasaron y se extinguieron sin conocer al Dios verdadero. Y ya que de esto hablamos, me permitirá V. la audacia de decirle: yo creo que es bien fácil de hallar esa explicación por V. buscada; yo creo que desde aquí estamos viendo algo, que nos da generosamente esa explicación.

—¿Y qué es ello? —pregunté.

—Es —añadió mi ángel, extendiendo su bellísima mano hacia la ciudad— aquella bienhechora casa, aquel hermoso templo, la catedral, la cruz bendita que sobre ella tiende sus brazos al pueblo de Jesús. Este pueblo que la posee y la adora, es el representante de la civilización verdadera. ¿Cómo no había de desaparecer ante él, y de ser por él derrotado el pueblo de Mahoma? El porvenir triunfará siempre del pasado, y la cruz es el porvenir eterno, porque es la eterna verdad... Pero olvidábase á mi madre, que se va á enjugar; volvamos á la casa...

Y, rápida como un pajarillo, se alejó de mi lado. To dije que luego sabría el destino del ramillete que en aquel jardín hacíamos. Sabe, pues, que todas las tardes que pasamos vamos á coger ó comprar flores; y que todas las flores que traemos se las dedicamos á una Señora que debe ser muy amiga de Julia, á juzgar por el inmenso cariño que ésta la dedica.

Aquella señora es la excelsa patrona granadina, la Virgen de las Angustias. —De regreso de nuestras excursiones, vamos al templo, Julia se adelanta hasta el altar, coloca en él su florida ofrenda, y se arrodilla, cruza sus torneadas manos sobre el pecho, alza sus hermosos ojos á la divina Imagen y la dirige, sin duda en lenguaje de los serafines, que os su idioma *primitivo*, una tierna plegaria. —¡Ah! ¡Si las vieras en este momento! Su madre y yo —la contemplamos extasiados. Allí, entre la misteriosa suave oscuridad de la iglesia, con aquella divina actitud, en aquella mística concentración de su alma purísima, parece que va á tender de pronto sus alas, y á desaparecer por las altas bóvedas...

Frecuentemente al volver de paseo, Julieta se sienta al piano y nos toca sus piezas favoritas. Es una verdadera artista, amigo mío; pero aún en la abstracta esfera del arte, es también un ángel. Su ópera favorita es la *Sonámbula*, inmortal *idilio* de tan exquisito sentimiento, de tan delicada inspiración. —Julieta dice que su padre la hizo conocer al malogrado Bellini como al rey del arte. Bellini es para ella la música por excelencia, la música del alma más que del oído; la melodía, en una palabra. ¡Qué poca cosa cree ella que es, ante esta música eternamente nueva y conmovedora, la música matemática, la sabia música alemana, por ejemplo, tan llena de prebosciones, tan oscura como su filosofía antiavangulica! Sin embargo, el mismo Bellini cometió á sus ojos un error imperdonable, cuando dedicó al libreto de *Norma* sus más bellos acantos.

—Yo no puedo nunca, me dijo un día, recordar sin tristeza aquella divina frase:

«Moriamo insieme»

Ah! sí, moriamo... porque me parecen que en ella quiso animar el géneo á un verdadero cadáver. —No me mereces, en efecto, el amor pagano, el amor que acaba en la tierra, tan divina vestidura. —Yo, pues, siempre que aquel pasaje recuerdo, me vengo de Bellini con el grandioso y cristiano autor de los *Mártires*; y al «moriamo» opongó: «Al sán del arpa angélica...»

es decir, le opongo la expresión de la amor inmortal, le opongo la *subida al cielo*, como mi buen padre llamaba á esta bellísima partitura!

A las diez, poco más ó menos, termina la *soirée* musical, y yo me despido de mis amigas. Julieta me dirige su última sonrisa desde la meseta de la escalera. Su libro de oraciones está ya entre sus manos; su madre la aguarda para orársela leer; las laureolas de las macetas la rodean; la excelente criada, que la vio nacer, la mira con cariñoso complacencia despedirme; su mano me envía el último adiós, y yo salgo de aquel

templo de mi ventura siempre con ganas de orar, y arrepentido de lo poco y de lo mal que lo he hecho hasta aquí...

Hace pocas tardes (ya te he dicho caro *león* mío, que aunque sólo sea á grandes rasgos, quiero que la conozcas), al entrar yo en su casa encontré sentada á los pies de Julieta á una bella niña de seis á ocho años, vestida con modesto, pero limpiísimo vestido, muy peinadita y arreglada; la cual miraba á mi ángel con cariñoso atención que nada bastaba á distraer. Pregunté quien era aquella *visita nueva*. —Es, me dijo Julia, un buen conocimiento que he tenido la suerte de hacer hoy; pero ya nos queremos como antiguas amigas. ¿Verdad Luisita? Y acariciada tiernamente. La niña, por toda respuesta, ocultó su rostro en la falda de Julieta. Cuando lo levantó lo tenía sureado de blancas lágrimas. Eran las lágrimas de la gratitud sentida más que expresada.

Aquella niña (así me lo contó doña María) se había acaecido, llena de andrajos y hambrienta á la puerta de la casa, á Julieta, al volver ésta de misa aquella mañana, pidiéndole limosna. Era una de tantas infelices criaturas á quienes la miseria de sus padres arroja diariamente por calles y plazas á mendigar. Su madre la tenía forzosamente cuando *llevaba* poco ó nada. Cuando había recogido algo, comía por la noche todo el pan que quería. Julieta, más conmovida y sufriendo más que la heroína de tan triste historia, la hizo entrar en su casa, la bañó y aseó, le arregló ropas interiores y vestidos suyos, le dió calzado y de comer, y después se puso á conversar cariñosamente con ella. Una de las cosas que le preguntó fué si su madre la llevaba á misa. La niña no contestó. No entendió lo que su bienhechora le preguntaba. —¿Qué, pobrecita, añadió Julia, no sabes lo que es la misa? No, señora. —Julieta se levantó oneguida, y obtuvo el permiso de doña María, que advirtió su objeto, salió con la niña y con Ana. Vió á su madre en la miserable vivienda que en un callejón de Alcañiz ocupaba, la

socorrió con todo el dinero que pudo, le ofreció darle semanalmente cuanto pudiera, le aconsejó del modo más persuasivo y bondadoso, y obtuvo de ella permiso para hacer entrar á la niña, por tres ó cuatro años, ó más, á educarse y sostenerse gratis en un convento de monjas, donde ella aseguró tener influencia bastante para conseguirlo.

En efecto, amigo mío; este convento (al cual fué llamada al día siguiente la pequeña Luisita) existe. Es el de Carmelitas descalzas, cuya antigua fábrica y vasto huerto conocemos todos exteriormente. El bueno de D. Lucas, que era su organista, hizo á las madres conocer á Julieta, y desde los primeros albores de su razón, Julieta se hizo querer entrañablemente por aquellas ejemplares religiosas. Todas las semanas las dedica un día, llevándolas siempre algún primor hecho por sus manos, ó algún modesto ensar que les sea útil. Kilas columnas de atrilones y de caricias á la *sanlita*, como la dicen; y á una imagen de la Madre del Señor, que Julieta cuida y viste por sí sola, llaman *la Virgen de la niña*.

El día que Julieta va al convento *guerrita* *escorlo*... se lo conoce antes que ella me lo haga saber. No te rías de mi pueril doble vista; pero brillan sus ojos azules con tan intenso, divino fulgor, la habitual serena aureola de inocente paz y mágica alegría, que siempre parece rodearla, se hace en estas ocasiones tan perceptible, tan singular, tan fascinadora, que es imposible desconocer su causa inmediata, sobre todo, quien como yo la ama. Y... todo te lo he de decir: cuando la veo venir con tal ventura de la santa misión; cuando el corazón me dice que la atmósfera que allí respira es más digna de su alma que la del mundo; cuando yo, en fin, conozco que el *ángel desterrado* lo ha estado *ménos allá*, por algunas horas, tengo miedo, verdadero miedo, el miedo del presentimiento. ¡Me parece que el día ménos pensado no vuelve de allí!

(Se continuará.)

Se anuncia una real orden que se expedirá por el ministerio de la Gobernación, dando las bases para la reforma de los reglamentos de mataderos y establecimiento de mercados de ganados.

Esta real orden contribuirá, según *La Correspondencia*, al abaratamiento de carnes en Madrid.

brá dado el eterno descanso.

